José Eufemio Lora y Lora

Textos recuperados

Pobre cartonera es un proyecto editorial de bajo costo que busca difundir la producción de autores y autoras lambayecanos.

José Eufemio Lora y Lora
Textos recuperados

Edición a cargo de
Diego Portilla Miranda



José Eufemio Lora y Lora
Textos recuperados
Edición a cargo de Diego Portilla Miranda

Diseño de logotipo:
Michelle Rioja
@marc.ilustra24

Transcripción (a excepción de las cartas):
Paul Tuesta Vargas

Tapa:
Fotografía que acompaña la necrología "José Lora y Lora" de Luis Fernán Cisneros, publicada en *Actualidades. Revista ilustrada*, año VI, N° 254 (22 de febrero de 1908, Lima, pp. 142-143).

Contratapa:
Fragmento de una carta de Rubén Darío dirigida al escritor dominicano Tulio Cestero, fechada el 24 de setiembre de 1907 en París: "*Recibí la serviette. Un millón de gracias. No ha llegado aún el nº de* La Nación. *Francisca se fue ya a la clínica. Estoy solo. Lora me acompaña por la noche.*"

Primera edición, diciembre de 2019
Pobre Cartonera
Chiclayo.

Presentación

José Eufemio Lora y Lora (Chiclayo, 1885 - París, 1907) es quizás el poeta chiclayano más conocido en el ámbito literario peruano. Su único libro *Anunciación*, poemario publicado póstumamente en 1908, se sigue mencionando y reseñando en varios textos de historia y crítica literaria. Se ha pensado, hasta ahora, que la producción de Lora se circunscribía a ese único libro, pero una investigación más profunda ha permitido localizar una variedad de textos que permiten pensar que aún hay mucho por conocer y leer de su obra[1].

Este libro recopila estos hallazgos, que muestran que Lora no solo se limitó a la escritura de poesía, sino que demostró una gran habilidad en la prosa narrativa, periodística y crítica.

---

[1] Un trabajo de recopilación precedente puede revisarse en *Archivo José Eufemio Lora y Lora (1885-1907)*, disponible en: https://www.academia.edu/19936850/Archivo_Jos%C3%A9_Eufemio_Lora_y_Lora_1885-1907_

Esta edición

La transcripción mantiene los rasgos ortográficos y de estilo con los que los textos fueron publicados originalmente (por ejemplo, la tildación de la preposición ‘á’, el uso gráfico de la ‘i’ por la conjunción ‘y’).

Narrativa

Cuento "Rafael" publicado en *Actualidades. Revista ilustrada*,
año I, N° 42
(14 de noviembre de 1903, Lima, pp. 684-685).

Rafael

Para Andres Belaunde

Cuando llegué á su cuarto, Rafael leía.

Como el insecto que se posa sobre todas las flores, no cesa de moverse i no se detiene en ninguna parte, así él ora pasaba la vista por una obra de Kant, ora sonreía á la lectura de unas cuartetas festivas, ora traducía una estrofa de Víctor Hugo ó un cuento de Daudet.

Su imaginación turbulenta, su poca voluntad, su gran deseo de saber, no le dejaban detenerse en ninguna idea; todas pasaban ante él como figuras confusas de cinematógrafo; tan pronto se enamoraba de un autor como le detestaba; i su criterio —lleno de locura siempre i siempre exento de torpeza— variaba como las ráfagas del viento. Mañana opinaba lo contrario de lo que sostenía hoi; pero siempre la nota lívida, la ingeniosidad sutil, la idea atrevida, le dispensaban del pedazo de locura, invívita en todo lo suyo.

Era el Don Juan del entendimiento. El saber fácil, la volubilidad intelectual, el amor á todas las ideas i á todas las formas eran las líneas paralelas á la facilidad para querer, la prontitud para olvidar i para volver á querer i para volver á olvidar del Don Juan de la épica leyenda.

Sin embargo, en medio á esa volubilidad incorregible, un algo de inmutable le hacía ser el Rafael del día anterior. Si el total de sus células materiales había cambiado muchas veces i la mayor parte, casi todos sus sentimientos i sus ideas pasaban con las horas de su existencia, su sentimiento de pesimismo inalterable, un fondo común de ideas extrañas, producto de lecturas de autores desengañados i crueles, constituía el lazo de unión entre el Rafael de un año i de otro año, de un mes i de otro mes, de un día i de otro día. Las sombras negras que le cercaban envolvían la diferencia de sus sentimientos, anudaban la variedad de sus ideas.

Para él todo era malo; la vida, se acaba; el placer, fugaz i efímero; el amor, mentira; el saber, la angustia de la sed en el desierto. I á este pesimismo adquirido en la lectura de Schopenhauer, mezclaba un egoísmo exótico. Nietzsche le había seducido, Nietzsche ese autor tan citado como poco leído —leído por distracción i citado por pedantería. — Trataba á la humanidad con el desprecio aplastante del polonés sublime. “Los demás”, “el resto” decía por los otros hombres. Hablaba de las razas fuertes, vigorosas, de la necesidad de exterminar á los débiles. Odiaba el

cristianismo como enemigo de la "vida", de la vida intensa, de la vida fuerte, de la vida en el sentido grandioso que le da el profesor de Jinebra. Hubo vez en que, por imitar al maestro, besó fervorosamente la frente de un asno que pasaba filosóficamente por la calle.

Como Emilio, el charlatán periodista de la novela de Balzac, no se le importaba un bledo de la libertad ni de la patria. Hacía la apología de los *héroes malos* de Ibsen i, con reverente inclinación, les adoraba mentalmente i se burlaba del humanitarismo candoroso del dramaturgo noruego.

¡Cómo reía á la lectura de LA PESCA de Núñez de Arce!

"¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
"Podrá mancharte el vicio
"I ofuscarte el error, pero *eres buena*!

¡Buena la humanidad! ¡Qué concepto, decía Rafael, tendrá Núñez de Arce de lo bueno! I reía con carcajada sangrienta.

Cuando entré a su cuarto, no me sintió, tan enfrascado estaba en la lectura. "ASÍ HABLABA ZARATUSTRA" era el libro abierto entre sus manos. Una sonrisa —de satisfacción tal vez— se dibujaba en su rostro. Concluía un capítulo: "*La vieja i la joven.*" Leía una frase, la última: "Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo." "Así hablaba Zaratustra."

Contemplé á Rafael largo rato sin que se diera cuenta de mi presencia. Observé las lijeras contracciones de su rostro, en las

cuales, como en un espejo, se reflejaban las emociones causadas por la lectura. Sus grandes ojos pardos se abrían, más grandes aún, constantemente; rápidas sonrisas rompían el hielo de su seriedad i, de cuando en cuando, las ventanas de su nariz fina i pequeña se ensanchaban como aspirando un aroma carnal.

Le toqué el hombro. Volvió con rapidez la cabeza i me tendió la mano. Tanta sinceridad había en su sonrisa que pensé en lo falso del concepto que de Rafael se tenía. No, él no era malo, no podía ser. Ese era el Rafael de quien se contaba que había salvado la vida de un hombre con heroísmo i desinterés. Me decidí entonces á referirle el objeto de mi visita. Pero antes.

–Leías á *Federico* Nietzsche– le dije.

Tomó Rafael entonces un aspecto grave i, con voz severa, casi insolente, de *domine* ofendido, me respondió:

–No. Leía á Nietzsche. Le basta un nombre, uno. Si se rompiera el hilo de diamantes en que están ensartadas las estrellas i cayera una sola, sólo una, encima de la tierra, de mil tierras, fragmentos más pequeños las haría que á un vaso de cristal montes de piedra. Así á los grandes hombres basta un nombre, un solo nombre apenas. Lanzado de la altura de su genio ¿no aplastará a la humanidad entera?...

–Cierto,– le contesté, i como tenía buen oído, añadí:

–Pero noto que estás hablando en verso.

Calló. Ambos callamos. Después de algunos instantes.

–Oye ¿á qué has venido?– me preguntó.

Ya me había desanimado por completo. El pesimista, el *loco*, como lo llamábamos —¿por qué lo llamábamos así?— reaparecía. Le temí. Desistí del empeño que me llevaba á verle, i

–Mi visita ya no tiene objeto, le contesté. Venía á pedirte un favor i sé que no me le harás. Creí encontrarte otro i eres siempre el mismo. Hace un momento supuse bondad en tu alma; ahora me acuso de optimista.

–Cierto, no te haré favor alguno, te evito la oportunidad de ser ingrato, agradécemelo i en pago cuéntame el objeto de tu visita.

¿Para qué referirle nada cuando nada obtendría? ¿Para qué hablarle sériamente si su modo de argumentar era una burla? Sin embargo le referí la historia que me llevaba allí.

Era una historia triste, casi vulgar. Una pobre muchacha enferma, abandonada, llena de deudas. Rafael no la conocía de amistad, pero los amigos de Rafael sí la conocíamos. Apenas hacía unos meses que celebrábamos frecuentes bacanales en casa de Dorila. Dorila era buena, todos la queríamos. Cierto día cayó enferma, mudó de casa, se perdió de nosotros, gastó sus ahorros en medicinas i contrajo deudas, muchas deudas. Casi a la muerte hizo voto á la Virgen de rehabilitarse si le salvaba la vida. Vivió. Pero los acreedores la atormentaban. Faltaba un día tan sólo para que venciera el plazo. Iría á la cárcel. ¡Pobre Dorila! Recurrió á

nosotros, sus antiguos amigos, ¿habíamos de abandonarla? I se nos presentó con la tímida dignidad de la mujer regenerada. Todos la respetamos. La enfermedad había impreso en la faz de Dorila un sello de dignidad que casi imponía respeto. Pero el afecto no se había extinguido en nosotros. Iniciamos una suscrición. Ninguno dejó de erogar. Sin embargo no era suficiente la cantidad reunida, faltaba algo, Rafael debía dar tambipen su parte. Verdad, no conocía á Dorila, pero nos conocía a nosotros.

Todo esto referí a Rafael con riqueza de detalles, con sentimiento, con sinceridad, con amor. Yo no pretendía que vendiera, que empeñara sus prendas, las pocas prendas que tenía; yo quería que de su sueldo diera unos soles, unos centavos. Hablar del reloj de oro, herencia de su padre, prenda riquísima que estimaba más que á sí mismo, era una locura. Por eso ni siquiera pensé en ello. Aparte de que – dado su carácter – sacrificio tal era imposible.

Conforme refería á Rafael, con mi entusiasmo ingénito, la historia de Dorila, me parecía verle emocionado á través de su aparente indiferencia. Al final de mi narración, dos lágrimas miré, con sorpresa, con sin igual sorpresa, correr por sus mejillas. Le había vencido. ¡Era mi primer triunfo! Me lancé á sus brazos. Pero él:

–No. Te engañas, me dijo, conteniéndome. Lloro de contento. Cuando miro que los demás sufren, yo gozo...

Sentí frío. Miré con desdén á Rafael i salí de su cuarto con los ojos bajos como si el peso del desengaño gravitara sobre mi cabeza.

*
* *

Al día siguiente de mi entrevista con Rafael, aún no se había reunido la cantidad exijida á Dorila. Como aquí no hai cárcel por deudas, los acreedores habíanla prestado dinero con otro nombre judicial. Lo que prueba, entre paréntesis, que el nombre vale tanto en las deudas como en los hombres.

Desesperado ya de no encontrar dinero, me dirijí a casa de Dorila, llena el alma de tristeza.

Dorila, al contrario, estaba mui alegre. No me explicaba el cambio ¡Cómo! ¿Había conseguido ya el dinero? Efectivamente, me lo dijo todo: Esa misma mañana recibió una carta; con letra disfrazada, sólo decía lo siguiente: "Pobre mujer, toma ese dinero que es tuyo, cállate." Dentro de la carta había un cheque de cien soles. La letra, aunque escrita con la mano izquierda, adiviné que era la de Rafael, yo conocía mucho sus rasgos distintivos. Además, el modo extraño i original del obsequio me decía lo mismo. Pero, ¿sería posible? El Rafael egoísta, repugnante, estúpido del día anterior, ¿sería capaz de acción tan grande? I ¿de dónde habría sacado tanto dinero, si él era pobre, mui pobre? No; había que abandonar tal idea.

Me fuí al cuarto de Rafael para convencerme de que él no era el autor de la dádiva. Toqué la puerta del cuarto en la casa de vecindad donde vivía. Nadie contestó! Volví a tocar. Entonces de la habitación vecina salió un viejo que me conocía desde que yo frecuentaba a la casa de Rafael.

El viejo se me acercó.

–Ya no vive aquí su amigo Rafael, me dijo. Debe tener cosas mui graves. Anoche ha estado como loco. Esta mañana se marchó de aquí con su cama i una silla. Lo demás me lo ha vendido. Mire Ud. –i me enseñaba todos los muebles del pobre Rafael. –Necesitaba cien soles, según me dio á entender. Le compré este reloj. He hecho un buen negocio ¿no es verdad? Por sesenta soles ¡vaya que es barato! ¡Un cuatrocientos por ciento de ganancia! –I sus ojos se iluminaban de avariento gozo. –Por todos sus muebles le he dado diez soles... I, como hoi le han pagado los treinta de su sueldo ¡vaya! que ha conseguido lo que necesitaba...

JOSÉ E. LORA I LORA

(*Jelil*)

Crónicas periodísticas

“El Gapón chileno”, publicado en *Actualidades. Revista ilustrada*, año III, N° 110 (6 de mayo 1905, Lima, páginas sin numeración).

“La fiesta de la primavera”, publicado en *Prisma. Revista ilustrada de artes, letras, etc.*, año III, N° 41 (1 de junio de 1907, Lima, p. 8).

“El matrimonio de la Otero”, publicado en *Prisma. Revista ilustrada de artes, letras, etc.*, año III, N° 42 (8 de junio de 1907, Lima, p. 12).

El Gapón chileno

por José E. Lora i Lora.
Santiago de Chile, 22 de Marzo de 1905.



Los lectores de ACTUALIDADES conocerán mui poco, sin duda, de un extraño personaje chileno que hace hoi el gasto de la actualidad de esta república. Se trata de don Juan José Julio Elizalde.

Tal vez si, no obstante el ruidoso papel que estaba desempeñando en esta ciudad, no hubiera llegado á poseer la excepcional importancia adquirida desde hace cuatro días. Pero el *Teatro Lírico*, desde donde dejaba oír sus evangélico-liberales doctrinas nuestro héroe, se viene abajo, en un momento en que el señor Julio disertaba sobre uno de los sacramentos de la iglesia, i héte aquí la popularidad de don Juan

José, “el relieve", como diría Castro Oyanguren, crece, se agiganta como una ola fantástica, amenazando ahogar toda la actualidad chilena.

Es decir, no se sabe á quien creer ni se puede deducir á ciencia cierta la clase de personaje que es el señor Julio, si es que se atiene el público á las apreciaciones de los periódicos. Pero todos lo discuten, todos le prestan atención; éstos para denigrarlo, aquéllos para enaltecerlo, los de más allá para hacerlo objeto de mofa, i los de más acá para extraer enseñanzas de sus sermones escénicos.

“El *pope* Julio" —no se le conoce ya por otro nombre— es un sacerdote que, además de ejercer las funciones eclesiásticas, pulsa, como Isaías, la lira; domina, como Bossuet, la tribuna; enseña, como Balmes, la ciencia i conoce, como Richelien, la política. A los 19 años ya era director de una escuela. A los 20 publicó un libro de versos, “Ruinas". A los 22 fué secretario de gobernación. A los 28, ya recibido de presbítero, era capellán de un batallón balmacedista, teniendo que huir al Perú, donde residió cinco años. A los 34 fué nombrado párroco de Carrizal. I desde aquí empieza la historia, la vía-crucis i la popularidad del sacerdote errante.

Era en 1897. El señor Julio Elizalde, de carácter altivo i recto, tiene un disgusto con el obispo de la Serena, su superior. Le desobedece, le contradice, le refuta, le insulta i le desprecia.

Expulsado de las diócesis, piensa que, como los apóstoles de la blanca religión de los primeros cristianos, debe dejar la vida estéril que hasta entonces hacía i, armado de palabra dulce i persuasiva, de fe consoladora i de constancia inquebrantable, se lanza á recorrer los campos i ciudades, predicando á los que encuentra á su paso la buena nueva, eternamente vieja, de la salvación de las almas.

El pope Julio encuentra resistencias en autoridades, clérigos i públicos, desde los primeros momentos. Pero, carácter de acero, no se arredra. No importa que se le prohíba predicar en los templos; no importa que le amenacen jueces é intendentes; no importa que se declame en su contra; no importa qué se lleve hasta las alturas de monseñor Casanova, el arzobispo de Santiago, los hálitos del chisme i de la calumnia.

El, como ha vencido en provincias, vence en Valparaíso i llega á Santiago. Son ocho años los que ha sentido bajo sus plantas el zarzal espinoso de la infamia; ocho años que ha escuchado denuestos, que ha mirado puños crispados ó sangrientos, amenazándole; que ha aspirado, tal vez, el ramo de flores donde se ocultaba el afilado puñal de las venganzas. Pero han sido también ocho años de triunfos morales, ocho que ha escuchado los aplausos ingenuos de muchedumbres ávidas de goces espirituales, deseosas de recobrar la fe perdida, anhelantes de mirar la esplendorosa estrella que ilumina el blanco camino de la gloria...

I en Santiago vence nuevamente. Alto, musculoso, hercúleo, causa impresión agradable al público. De palabra fácil, con arranques oratorios vibrantes de entusiasmo, con ilustración vasta i poderosa, conocedor de las fibras humanas más sensibles, arranca aplausos atronadores, convence á los oyentes i arrastra tras de sí una falanje de simpatías i de afectos. Sin pretender apartarse de sus creencias cristianas, en las que él, como Lutero, cree estar mui apresado, trata de conciliar sus ideas con las ideas modernas. El Cristo que nos pinta dista mucho de aquel evangélico de los apóstoles. A veces hace recordar al peregrino que va "mustio i enflaquecido por la fiebre, con su caña de viajero", que dice Chocano, en su *Sermón de la Montaña*.

Es ésta la idea que del pope Julio tiene aquí las ocho ó diez mil personas que asisten nocturnamente al teatro donde el *Gapón chileno* da sus conferencias. Los ortodoxos dicen que la catástrofe del Teatro Lírico donde pronunciaba su último discurso, es castigo de Jehová enojado...

¿Será el pope Julio un convencido, un visionario, un hombre de fe sincera ó será un taumaturgo, un explotador de la ingenuidad i de la ignorancia? ¡Cómo no resulte un Vidal i Uría con talento!

CRÓNICA DE PARÍS

La fiesta de la primavera

Miércoles 27 de marzo de 1907.

Coincide —simpática coincidencia— la primera de estas crónicas que hospitalizará esa revista con una fiesta que los parisiensen celebran con bullicioso júbilo. El invierno es tan rudo que á la primavera se la espera como á una prometida. Para un poeta lírico, hay cantos de alegría en los primeros brotes de los árboles secos, en los primeros vuelos de las aves que abandonan sus invernaderos, en los primeros rayos de un sol por seis meses ingrato, en los primeros efluvios emanados de un país invisible; pero para un temperamento observador hay mayor alegría aún en los rostros de los parisienses.

Desgraciados nosotros los hijos de los países tropicales. Es verdad que no sentimos las mordeduras, muchas veces mortales, del Invierno; pero tampoco conocemos —y en eso estriba nuestra desgracia— ese beso impalpable de la Primavera. En cambio, cuando vivimos en el Norte sabemos que sentiremos nuevamente

las inclemencias invernales, recordamos sin duda las que acabamos de sufrir; pero como la vida no vale ni por la esperanza ni por el recuerdo sino por la realidad del presente, nos entregamos sin condiciones al bienestar sedante de los catorce grados.

Cuando hace un mes ó poco más —después de atravesar las luengas calles que separan mi cuarto del museo de Luxemburgo— llegaba á la reja, frente al mármol desnudo de la Susana de Vermare, sentía á mi pesar algo así como una vaga pena; pero, por mucho que la analizaba, nunca pude descubrir su porqué. Hoy he ido una vez más á familiarizarme con la casa que guarda las piedras animadas por los cinceles de Barrias, de Rodín y de Falguieres y los lienzos á que han dado vida los pinceles de David, de Carriere y de Sorolla, y hoy no he sentido pena alguna al llegar aá la reja; pero en cambio he descubierto el porqué la sentía antes, en el invierno. No tengo duda, era que veía desnuda, bajo la nieve sin clemencia, á la Susana de Vermare. Yo creo que todos los hombres cargamos un poco de la sensibilidad de los sacerdotes de Eleusis y nos lamentamos íntimamente cuando maúlla un gato en el tejado ó se derrumba el campanile de una iglesia. Muchas circunstancias se juntan á esta íntima lamentación, pero es innegable que sentimos florecer nuestra piedad ante el dolor bullicioso de la bestia ó ante el desplazamiento súbito de la piedra inanimada. Y como yo todos. La realidad me dice que ese mármol no siente, pero la

imaginación, que es caprichosa como una colegiala, me afirma lo contrario. Y ¡qué queréis! yo escucho más á la imaginación. Por eso es que hace dos meses, me dolía la desnudez de una piedra, que me imaginaba sensible como la hembra que representa. A haber tenido un manto á mi alcance, le habría cubierto, no con el pudoroso respeto con que lo fué Noé por su hijo bajo las viñas calientes de la Palestina, sino con el pío amor con que Gianello cobijó á Monna Vanna frente á la torre luminosa de Pisa.

La Primavera es, no hay duda, una aliada poderosa de la imaginación. Fué bajo su reinado que el viejo padre Homero recitara á los nobles moradores de los villoríos griegos las hazañas de Aquiles ó las ingeniosas mentiras de la codiciada Penélope. Fué en ella cuando Dante y Virgilio regresaron de su viaje á los Infiernos. Y fue la Primavera del Norte, la rubia Primavera de la Holanda la que hizo la gloria del venerable Huysmans. Por eso aquí la amamos y, con nosotros, los animales y las cosas. El azul del cielo sabe que llega y se apresura á acompañarla. El Sena, tranquilo y claro, se hincha, se alborota y desborda, como si presajiara su venida y quisiera festejarla. La aurora la conoce y se adelanta á recibirla. Como aquel monarca de la leyenda oriental que era reconocido á cien leguas de distancia por las aves, los insectos y las flores de su reino, así Ella es presentida también á cien leguas, cuando apenas principa á desperezarse, tras su pasado sueño.

En uno de los cuentos del delicado escritor brasilero Coelho Netto, dos viajeros —un viejecillo «tardigrado é tremente» y un rapazuelo alegre— se encuentran en el camino.

-¿Dónde vas, rubio niño? dice el viejo.

-Allá, donde las montañas son azules y las aguas de plata y los árboles producen frutos de oro, le contesta el chicuelo.

-¡Ay! Yo vengo de allá. Más vale el humo vago de una cabaña que la nube dorada que allí pasa. Vuélvete conmigo.

-¿Estás loco, pobre viejo?

-No, no estoy loco. Regresa si no quieres que te suceda lo que á mí: sufrir hambres y sedes, fríos y desengaños.

-Viejo, viejo, no sabes lo que dices. Por donde paso van naciendo árboles que dan flores y frutos y sombra.

-Yo creí lo mismo, inexperto. Las flores se convirtieron en zarzales, los frutos en veneno, la sombra en incendio.

-¿Y qué importa todo eso? Las montañas de allá son tan azules que parecen hechas de cielo. ¡Adiós, adiós!

Como este niño del «Romanceiro» es la Primavera. Como él, despreocupada y jocunda por esencia, desdeña los consejos. ¡Qué importa que mañana pise sobre espinas si hoy camina sobre rosas! ¡Qué importa que mañana se corone de brumas si hoy la adornan «los cielos azules y las aguas de plata.» Sigamos nosotros ese ejemplo. Olvidemos el ayer y no pensemos en el mañana. Si el

hoy es alegre entreguémonos á él sin condiciones, como las novias en la noche primera.

JOSÉ E. LORA.

CRÓNICA DE PARÍS

El matrimonio de la Otero

Viernes 20 de marzo de 1907.

Cuando hace más de dos meses, se anunció la boda de Carolina Otero con mister René Wepp, un inglés millonario y excéntrico, todos los cronistas americanos llenamos cuatro cuartillas. Luis Bonafoux insultó á la bailarina con el mismo impetuoso brío con que diez años ha atacaba al plagiario Clarín. Enrique Gómez Carrillo desterró sus prodigiosos anaqueles de sabiduría galante. Ventura García Calderón filosofó en elegantes frases entre irónicas y pesimistas. Y yo también borroneé algunas páginas para un diario argentino.

Pues bien, hoy se desmiente la noticia de esa fantástica boda.

–Se engañaron ustedes, nos dirán los lectores.

–No, señores, respondo; á excepción mía no nos engañamos nosotros.

Porque, si he de ser franco, debo declarar que, en el primer instante, impresionado por la noticia, creí en ella. Pero momentos después mi razón reaccionaba, y á la hora siguiente todos estábamos en el secreto de Polichinela.

–Hay que creer en esta falsedad, me argüia alguien. Hay que creer en ella, sabiendo que es mentira. Creámosla, y tendremos motivo para escribir dos crónicas: la primera, anunciándola; la segunda, desmintiéndola. Y los lectores, lo mismo que nosotros, comprenderán que es falsa, pero la aceptarán. ¡Y qué! Les hacemos un positivo bien. Fomentamos en ellos la creencia en la realidad de un imposible y toda realización de una fantasía produce contento. El alma del público es romántica. Por eso ama la novedad, acepta la exageración y se deja conducir á la mentira. Sí, la ama, la fomenta, la pide. Y los periodistas que no sepan complacerle, no merecen su nombre. De otro lado —morales aparte— una mentira útil vale más que una verdad estéril.Y esta mentira es útil y hasta moral, dentro de su inmoralidad, porque sirve de tema para agradables charlas, durante quince días por lo menos, y evita nuevas murmuraciones contra los amigos, equivale á cortarle la cola al perro del ironista ateniense.

Y como yo manifestara mi extrañeza por estas palabras:

–¿Te sorprendes?, insiste. No conoces tu oficio. Filosofemos hondamente. Ante todo te advierto, que mi viejo

maestro Empédocles me ha enseñado á desdeñar las sonrisas burlonas. Sostengo que una mentira puede ser —en el buen sentido de la palabra— más útil que una verdad, y en este caso hay que darle la preferencia. Cuando le anuncio á un padre que su hijo convalece en el preciso instante en que agoniza; cuando celebro á un mal poeta sus detestables poesías; cuando declaro que en ciertas capitales sudamericanas existe un elevado nivel intelectual, no es seguramente la verdad quien me inspira. Digo piadosas mentiras, útiles porque estimulan y entusiasman. Por lo menos, evito un dolor inmediato ó lejano, pero dolor al cabo. Y aun en este solo caso, mentir vale más que hablar honradamente. Me imagino que soy más honesto, más verídico, mintiendo que diciendo la verdad. ¿Paradoja? No tal. ¿Quién allí ignora la historia de ese negro sirviente de una casa solariega de la coronada ciudad? Le anuncian que ha ganado la lotería de mil soles —una fortuna para un negro sirviente— y el desgraciado fámulo favorecido de la suerte muere fulminado por la emoción. He allí un palpable ejemplo de lo desastroso que es decir la verdad. Se hubieran combinado el suertero y dos amigos del infortunado ganador para escamotearle el dinero, y hoy tendríamos tres hombres felices y un muerto menos en Lima, que tan escasa de habitantes anda. ¿Y á quién se debería esta felicidad de tres seres y este aumento de población? A la mentira exclusivamente. Sentado el principio apliquémosle al caso de Carolina Otero. Todo el

mundo, desde hace cuarenta años, conoce la prestigiosa historia de «la bella». Todo el mundo piensa que los ingleses, principalmente los millonarios son seres excéntricos. Todo el mundo vive perennemente en espera de que acontezca algo sensacional que le sacuda los nervios. Y lo que ya hemos convenido todo el mundo acepta que muchas mentiras valen más que muchas verdades. ¿Ergo?

Fué después de este ergo interrogativo y concluyente á un tiempo cuando me decidí a escribir dos páginas al anuncio de la boda de Carolina Otero.

–Pero ahora mismo, continúa mi interlocutor, imaginémonos que ese matrimonio no fuera una mentira. Supongo que Wepp hubiera conducido á la bailarina al altar florido del templo de la Magdalena, y con esta base me pregunto: ¿Habría sido un bien esta boda? Y me respondo que nó. Ni para la «bella», ni para la galería.

Para la «bella», no. Carolina quedaría para siempre apenada, si abandonara su profesión, por dos razones. Primeramente, porque no hay empresa más ardua que la de desterrar un hábito. «Es menester, se ha dicho, matar una vida para vivir otra». Y después, porque ha tomado á lo serio la paradoja de ese espíritu poderoso y sutil que se llama Remy de Gourmont: «El vicio es quizás lo único bueno que llevamos consigo».

Para la galería, tampoco. El público necesita apagar su sed de romanticismo. Aún los yankees consagran un minuto diario por lo menos á los placeres interiores. La monotonía de la vida cotidiana es terrible. Y, como ahora los dioses, que antes podían alimentarla, tienen desalquilados los cielos, resulta que, para complacer á Voltaire, hay que inventarlos. Y desgraciadamente hay que inventarlos entre los mortales.

Si nos arrebataran á la Otero —un número uno de los dioses modernos— habría que buscar otra para reemplazarla y eso resulta siempre enojoso. Es preferible que viva *ab æternum*, porque así nos evita aprender el nuevo nombre y los nuevos atributos de la nueva divinidad.

Mi amigo ignora sin duda que, á parte de mister Wepp, un candidato más peligroso —felizmente no conseguirá con facilidad su propósito— lucha también por arrebatárnosla.

–Cuando la vi hace seis meses en Buenos Aires, apenas la penúltima arruga se ocultaba bajo el pródigo colorete. Hoy se oculta la última, la definitiva, la irremediable. Pero eso nada importa. Jamás faltará un fotógrafo bondadoso que sepa presentárnosla con su belleza de hace veinte años; siempre habrá un empresario entusiasta que consiga hacernos creer en sus seducciones artísticas; nunca la reputación, que tan bien ha sabido conquistar, palmo á palmo, olvidará de ponernos un velo celeste entre nuestros ojos y los de ella. No abriguemos temores, pues.

Casada ó no. Carolina Otero continuará siendo para nosotros una ilusión que vive, un ser romántico, un elemento de nuestra fantasía. Soltera ó no. Carolina Otero no abandonará las tablas y posiblemente morirá —si es admisible que muera— bailando un bullicioso tango sobre un music hall del barrio de Montmartre.

El viejo sabio Silvestre Bonnard, que jamás se ha movido de París, le dice á Teresa:

–En este momento parto para Sicilia.

–Señor, responde la criada, regrese temprano porque hoy hay un plato que no aguarda.

Esta escena pertenece á una novela de Anatole France.

–Voy á la alcaldía, á casarme, le dice Carolina Otero a su empresario.

–No olvidar que esta noche hay estreno....

JOSÉ E. LORA.

Cartas de José Eufemio Lora y Lora a Rubén Darío (1906)

Las cartas forman parte del Archivo Rubén Darío, documentos preservados por Francisca Sánchez, compañera del poeta, y cedidos al Ministerio de Educación Española en 1956. Posteriormente fueron depositados en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense. La digitalización y transcripción corresponde a la Colección Digital Complutense, alojada en https://webs.ucm.es/BUCM/atencion//17651.php

31

París, 28 de octubre de 1906

Señor Rubén Darío. 1480 1480

Mui estimado señor Darío:

Estuve hoi, como se lo había anticipado en casa de Ud. La portera me dijo que se había ido Ud. fuera de París. Indagué naturalmente cómo podía dirijirme a Ud. i supe que el intermediario era la persona a quien he entregado esta carta.

Ante todo le pido me disculpe el que vaya a interrumpir el reposo que su salud exije; pero mi situación vence a todas las consideraciones que pueda hacer al respecto: Ud. la conoce tan bien como yo.

Naturalmente, yo no puedo exijir a Ud. nada. Porque, si es verdad que Ud. me garantizó una mensualidad, a cambio de pequeños servicios que pudiera prestar a Ud. aquí i si es verdad que en América, no obstante lo malo de mi situación, la lucha, en otros órdenes de la vida, no es tan cruel como acá; también es cierto que yo debía haber medido las responsabilidades que me echaba encima al dar un paso de esta naturaleza.

El objeto de mi carta es, pues, lejos de pretender exijir nada de Ud., invocar ese sentimiento de bondad que en Río Janeiro le movió a hacerme promesas, cuya imposibilidad de realización me explico, i que últimamente, hace pocos días apenas, le hizo prometerme de nuevo algo más factible.

Estoi, como Ud. sabe, aceptado como corresponsal de "La Nación" i ya he mandado mi primer artículo. Pero mientras llega a Buenos Aires i viene la contestación i corre la primera mensualidad, pasarán lo menos dos meses i medio. Ese tiempo es el que se me presenta oscuro, mui oscuro. Si a Ud. no me dirijo, no sé francamente a quien hacerlo. Dispénseme.

Con mis mejores deseos de que regrese Ud. completamente restablecido, quedo como siempre a sus órdenes

Atto amigo i S.S.

José E. Lora i Lora

1480

32

París, 27 de noviembre de 1906
22 rue de Richelieu

Señor Don Rubén Darío,

Palma de Mayorca
España

1481 1481

Mui estimado señor Darío:

Hace algunos días escribí a Ud. una carta. Si su silencio me extrañó en un principio, ahora, reflexionando con más calma, me explico que su salud necesita reposo i que no tengo derecho, por lo mismo, para exijir a Ud. una respuesta inmediata. Quedo, por consiguiente, a la espera de ella.

Esta va, no obstante, a importunarle. Las bondadosas líneas que me dió Ud. para el señor Rodrigo Soriano, director de <u>España Nueva</u> de Madrid, las mandé a su destino hace cosa de 25 días, acompañadas de un artículo a que Ud. hacía referencia en aquéllas. Hace 5 días, envié al señor Soriano una segunda carta, haciéndole alusión a la anterior i acompañándole un segundo artículo. Ni de una ni de otra —¡cosa extraña!— he recibido contestación, i, como no veo <u>España Nueva</u>, no sé si han sido mis artículos publicados. El señor Rodrigo Soriano es un hombre positivamente mui ocupado: diputado a Cortes, político de acción en Valencia i en Madrid, conferencista, periodista, literato, sus labores deben distraerle con certeza gran parte de sus horas diarias. Me explico, así, su silencio.

Pero que me lo explique no quiere decir que me resigne a él. Mi deber es buscar medios para conseguir que me diga si me acepta o no como colaborador de su diario. Le suplico, pues, a Ud. que me haga, por segunda vez, el favor de recomendarme. Quien insiste consigue, dice un viejo refrán. Sé lo bondadoso que es Ud. i el deseo que realmente le asiste de servirme; i sé también que el señor Soriano le tiene a Ud. estimación i alto aprecio: lo primero disculpa mi pretensión; lo segundo, su insistencia.

No sé si el señor Soriano conoce al Sr. José Santos Chocano; en caso tal, pienso que una ayuda de éste a la recomendación de Ud. no dejará de ser favorable. Por este correo, escribo al Sr. Chocano en el mismo sentido.

Con sentimientos de antelada gratitud i deseos de que se restablezca su salud radical i prontamente, soi de Ud.

affmo amigo i admirador

José E. Lora i Lora

1481

París, 28 de Octubre de 1906

Señor Rubén Darío

Mui estimado señor Darío:

Estuve hoy, como se lo había anticipado en casa de Ud. La portera me dijo que se había ido Ud. fuera de París. Indagué naturalmente cómo podía dirigirme a Ud. i supe que el intermediario era la persona a quien he entregado esta carta.

Ante todo le pido me disculpe el que vaya a interrumpir el reposo que su salud exije; pero mi situación vence a todas las consideraciones que pueda hacer al respecto: Ud. la conoce tan bien como yo.

Naturalmente, yo no puedo exijir a Ud. nada. porque, si es verdad que Ud. me garantizó una mensualidad, a cambio de pequeños servicios que pudiera prestar a Ud. aquí i si es verdad que en América, no obstante lo malo de mi situación, la lucha, en otros órdenes de la vida, no es tan cruel como acá; también es cierto que yo debía haber (?) las responsabilidades que me echaba encima al dar un paso de esta naturaleza.

El objeto de mi carta es, pues, lejos de pretender exijir nada de Ud., invocar ese sentimiento de bondad que en Río Janeiro le movió a hacerme promesas, cuya imposibilidad de realización me explico, i que últimamente, hace pocos días apenas, le hizo prometerme de nuevo algo más factible.

Estoi, como Ud. sabe, aceptado como corresponsal de "La Nación" i ya he mandado mi primer artículo. Pero mientras llega a Buenos Aires i viene la contestación i corre la primera mensualidad, pasarán lo menos dos meses i medio. Ese tiempo es el que se me presenta oscuro, mui oscuro. Si a Ud. no me dirijo, no sé francamente a quien hacerlo. Dispénseme.

Con mis mejores deseos de que regrese Ud. completamente restablecido, quedo como siempre a sus órdenes.

Att. Amigo s.s.
José E. Lora i Lora

París, 27 de noviembre de 1906

22 rue de Richelieu

Señor Don Rubén Darío,

Palma de Mayorca

España

Mui estimado señor Darío:

Hace algunos días escribí a Ud. una carta. Si su silencio me extrañó en un principio, ahora, reflexionando con más calma, me explico que su salud necesita reposo i que no tengo derecho, por lo mismo, para exijir a Ud. una respuesta inmediata. Quedo, por consiguiente, a la espera de ella.

Esta va, no obstante, a importunarle. Las bondadosas líneas que me dio Ud. para el señor Rodrigo Soriano, Director de España Nueva de Madrid, las mandé a su destino hace cosa de 25 días, acompañadas de un artículo a que Ud. hacía referencia en aquélla. Hace 5 días envié al señor Soriano una segunda carta, haciéndole alusión a la anterior i acompañándole un segundo artículo. No de una ni de otra -¡cosa extraña!- he recibido contestación, i, como no veo España Nueva, no sé si han sido mis artículos publicados. El señor Rodrigo Soriano es un hombre positivamente mui ocupado: diputado a Cortes, político de acción

en Valencia i en Madrid, conferencista, periodista, literato, sus labores deben distraerle con certeza gran parte de sus horas diarias. Me explico, así, su silencio.

Pero que me lo explique no quiere decir que me resigne a él. Mi deber es buscar medios para conseguir que me diga si me acepta o no como colaborador de su diario. Le suplico, pues, a Ud. que me haga, por segunda vez, el favor de recomendarme. Quien insiste consigue, dice un viejo refrán. Sé lo bondadoso que es Ud. i el deseo que realmente le asiste de servirme; i sé también que el señor Soriano le tiene a Ud. estimación i alto aprecio: lo primero disculpa mi pretensión; lo segundo, su insistencia. No sé si el señor Soriano conoce al Sr. José Santos Chocano; en caso tal, pienso que una ayuda de éste a la recomendación de Ud. no dejará de ser favorable. Por este correo, escribo al Sr. Chocano en el mismo sentido.

Con sentimientos de antelada gratitud i deseos de que se restablezca de su salud radical y prontamente, soi de Ud.

affmo amigo i admirador

José E. Lora i Lora

Crítica literaria

"«Citerea», por Tulio M. Cestero", publicado en *El Nuevo Mercurio*, N° 11
(noviembre de 1907, París, pp. 1257-1267).
[Notas al pie del autor]

Letras hispano-americanas

«Citerea», por Tulio M. Cestero

(Para El Nuevo Mercurio)

He aquí uno de esos libros que son, por la graciosa coquetería del tamaño y por la delicada nitidez de su arte tipográfico, una especialidad de la *Biblioteca Mignon* de Madrid. Su título: *Citerea.* Su autor: Tulio M. Cestero.

Yo no sé si tendré buen derecho para decir á un público letrado español ó hispano-americano que Tulio M. Cestero es un escritor nacido en una Antilla, que es un estilista de mérito y que conquistará —yo no lo pongo en duda — los dispersos públicos de nuestra lengua. No sé efectivamente si me asiste derecho para traer acá estas noticias. Pero voy notando tantas curiosidades en materia de conocimiento mutuo de literatos hispanos, que creo que al repetir de Cestero estas cosas demasiado conocidas no hago sino exagerar una precaución. Sé de literato nuestro de nota que

ignora quién es *Almafuerte*. Y el mismo velo de misterio está tendido en casi todo el resto de la América —si exceptuamos el respectivo país natal— sobre el cubano Manuel Marques Sterling, sobre el colombiano Guillermo Valencia, sobre el chileno Carlos Pezoa Véliz, sobre el boliviano Ricardo Jaimes Freire y sobre ese maestro incomparable de la prosa castellana don Manuel González Prada.

Es, pues, precaución, tal vez no inútil, ésta de dar la ubicación geográfica de Cestero. Repito: Antillano. Y de la más histórica de las Antillas: Dominicano.

El crítico que quisiera seguir el método de Taine para estudiar la obra de Cestero, no dejaría de hallar un tropiezo en la capital circunstancia de la cuna. País en el que el trópico ha sido pródigo con los habitantes, donde la sangre hierve con facilidad y los nervios se irritan sin resistencia, «donde —como dice Martí— corre el fuego por las venas de los árboles y son más las flores que las hojas,» es ese donde Cestero ha pasado sus primeros años, recibido sus primeras impresiones conscientes y saboreado los primeros placeres de su arte. Educación artística, robusta, sana, casi agreste, la que se recibe en ciertos países de América. Quizás demasiado robusta, demasiado sana, demasiado agreste. En música: el silbar desabrido de las balas, son las primeras melodías wagnerianas que se escuchan. En pintura: el paisaje formidablemente pletórico de nuestra montaña, son los primeros

cuadros que se miran. En literatura: las proclamas de ingenua y pesada, marcialidad de los caudillos revolucionarios, son los primeros poemas líricos que se leen. La influencia inmediata de esta vida agitada y semibárbara es evidente en nuestras letras. Obligado el literato á compartir la dolorosa inquietud de su existencia entre la política y la literatura — ¡oh, más en la primera que en la segunda!— inútil exigir que en la literatura no influya la política. De allí ese carácter masacotudo y rústico, chillón y simplicista, á un tiempo mismo, que reúne bajo una sola tienda á grandes legiones de nuestros hombres de letras. Su ingenuidad les encierra entre muros infranqueables. Bien escriben poemas en estilo de gacetilla de principiante y bien componen crónicas en tono de cursi sublimidad. No tienen despierto aún el sentido moderno del matiz. La selva, con su aire puro, con su olor fuerte, con su ruido monótono, sigue alimentando sus melodías primitivas y virginales. Cuando surge en verdad un maestro: O abandona radicalmente su medio, rompe con los suyos, se incorpora á un ambiente que se armonice con su ambición espiritual; y entonces José Enrique Rodó puede decir con justicia: «Rubén Darío no es el poeta de América.»[1] O penetra en el fondo

[1] Ricardo Rojas —el brillante crítico argentino de *La Nación* de Buenos Aires— sostendrá en un estudio que aparecerá próximamente en el *Mercure de France* que «Rubén Darío es el poeta de América». Cómo se ve, es la tesis opuesta á la que Rodó sostuvo en su famoso prólogo á *Prosas Profanas.* No obstante el

del alma americana, se la apropia, la modela á su antojo entre sus manos fuertes, se construye una arquitectura continental que, más que realidad, es necesidad de su genio; y entonces Francisco García Calderón puede decir, no sin cierta justicia: «José Santos Chocano es el poeta de América.» Pero para que estos casos se presenten, es menester, ó libertarse de la influencia ambiente por la súbita gracia milagrosa del genio, ó adquirir en la lenta y peligrosa peregrinación de la cultura, ese sentido del matiz, de la gradación, de la «nuance», que es quizás todo el secreto del arte contemporáneo.

*
* *

La patria donde le ha tocado nacer á Cestero, ha sido hasta hoy una de las más probadas de América. Si hemos de seguir al autor de *Citerea*, ya los tiempos del caudillaje y del desorden han muerto para siempre en su país. Creámosle y deseemos que no sufra engaño. Pero reconozcamos también que sólo de ayer data este cambio. Cestero, pues, ha pasado sus primeros años de vida intensa entre la música de las balas, los cuadros de la montaña y la literatura de las proclamas marciales. Ha sido funcionario y militar, político y diplomático. Hombre de voluntad y de acción,

---

talento empeña do por Rojas en la defensa de su tesis, yo creo que las conclusiones del maestro montevideano quedan en pie.

ha podido hacer valer también su talento en épocas en que esta cualidad es un fardo pesado é inútil. Orgulloso de saberse un buen escritor, creo que no lo es menos de sentirse un buen guerrero. Lejos de él la pudicicia hipócrita de los que fingen despreciar en el literato al hombre de acción. En su folleto *Una Campaña*, podemos leer: «...Yo le vi (á Casimiro Cordero) en la mañana del 17 de febrero de 1903, en Monte Grande, sorprendido por un grupo revolucionario de más de doscientos hombres, pálido de coraje, mandar *pie à tierra*, á los doce que le acompañábamos. Sólo tres obedecimos la orden temeraria, y cuando él, dando el ejemplo, ataba su caballo...» Y más adelante: «...A la una de la mañana del cinco me presenté en las avanzadas del general Pepín, en San Carlos, acompañado de un oficial, y vendado y custodiado por cuatro oficiales, fui conducido hasta el Mercado Nuevo donde volví al uso de mis ojos...» No sonría el lector europeo malicioso. Estas confidencias tienen absoluto valor documentario. El autor ha dicho verdad en este folleto político —la más escabrosa de las literaturas de nuestras tierras— dirigido á sus conciudadanos en época en que la narración falsa de un hecho no es menos grave que el error estratégico en la batalla. Cestero, pues, no ha roto moralmente con su medio. Es un hijo legítimo de América, de esa América de savia vital rica y abundante: no rica con la riqueza de colorido del Rhin, sí abundante con la abundancia monótona del Amazonas.

*
* *

Pero sólo moralmente. El intelectual, el artista ha renunciado á los reclamos del hogar natal, ha rechazado el ósculo abundante de aquella naturaleza virgen y, en alas de ambición y de ensueño, ha volado á habitar los palacios de encanto que exigía su afición delicada y su sensibilidad aristocrática. Ya varios años hace, Luis Berisso se declaraba sorprendido de la rica cultura moderna que se transparentaba en las primeras páginas del joven escritor dominicano. Fué cuando apareció *Notas y Escorzos*. Libro de estudioso y libro de artista. A la clara observación crítica, al buceo sutil y fecundo, correspondía la forma conquistada con gloria. Y à ratos una nota sentimental y á ratos otra nota más vibradora. Y por sobre todas las columnatas de este primer templete, el broquel del yo ya inconfundible. Sin embargo, el Cestero de entonces no era e1 flamante Cestero de *Citerea*. No porque fuera inferior, sino distinto, dentro de la unidad de su temperamento. La forma entonces era más perfecta, más clásica, en el sentido parnasiano, pero por lo mismo menos rica en verbo y menos colmada de licor ideológico.

Entretanto el tiempo y la lectura modernizaban, es decir, complicaban cada vez más el alma de Cestero. Ya ese «tomar la cosa enteramente y mostrarla» que tanto aborrecía Mallarmé tenía que abandonarlo al encontrarse en los nuevos paisajes á que

silenciosamente le había conducido su cultura. En la época en que comenzaba á hacer crisis esta nueva faz de su evolución apareció *Del Amor*. Libro suave, libro de intensidad y de sobriedad como su propio título, libro en el que el gusto se refina y la sensibilidad comienza á ser caprichosa y exigente.

Citerea es el jalón que se hunde hasta la entraña. *Citerea* permite ya juzgar de la madurez intelectual del autor, *Citerea* define lo que es y lo que será la prosa de Cestero. Poco importa que su texto no desborde cien páginas pequeñas. Poco importa la forma dialogada —que generalmente no permite descubrir en el escritor ciertas condiciones: las pictóricas, por ejemplo— de que han sido vestidos tres de los cuatro cuentos de la obra. Accidentes son éstos que no impiden que la clara luz ilumine. En el andamiaje del pequeño edificio de Citerea he creído descubrir el acero templado en la fragua definitiva.

*
* *

Cestero es moderno —*modernista*, como se ha traducido al español la palabra francesa *symboliste*— por el novedoso brío del estilo, por la disciplinada sinceridad con que se muestra, por la sutileza de su visión artística y por el grano de misterio que salpica su clara ideología.

El estilista, repito, ha evolucionado. Pero la evolución no le ha impedido guardar fidelidad á ciertas formas, que por ser

suyas, constituyen parte integrante de su unidad literaria. La hermosa página liminar no daría una idea completa del estilo; «Un romero, al retornar del templo de Citerea, se prosterna ante la tumba regada y florecida por tus lágrimas, el recuerdo de la muerta, suave, excelsa, cuya vida fué el bello decir del místico: *Mucho hace el que mucho ama*, transforma las espinas en rosas; y el peregrino las ofrece al poeta fraterno, que acendrará en los zumos acerbos del dolor fragantes mieles para sus canciones.» Tampoco le definen estas bellas palabras: «... Todo renace para ti, la vida te ofrece nuevos caminos, y mi alma se abre para recibirte como la flor muy cargada de esencia se ofrece á la abeja libadora. Todo renace para ti.» No, éste es un Cestero más disciplinado, más austero, si es permitida la expresión. El Cestero legítimo se revela más en ciertos detalles que en el conjunto de la obra. En el evitar en lo posible el uso de las partículas; y en esto se aleja un tanto del simbolismo cuyo amor al adverbio es, como se sabe, desmedido. En el dar á las palabras un sentido novedoso ó bárbaro, sin romper con la ortodoxia gramatical ó por lo menos etimológica. Notad estos verbos: «... y el tiempo fugaz de la dicha *finó*.» «... y *pendula* de un hilo de oro una cabeza de serpiente...»; «La diestra de la segadora pega y *amapola* la mejilla de la audaz.» Y estos adjetivos: «...el dolor es siempre puro, *prócer*...» «... de Marcelo que está sentado *frontero* al hielo...» «... he visto el Sol, un globo rojo *péndulo* en un cielo gris...» Y así otros. Tal vez si en esto mismo se

aleja también de los simbolistas cuyo exagerado radicalismo en invención de palabras y contorsiones de giros se suaviza en Cestero con serena discreción.

Precisamente, en esta discreción se puede hallar la sinceridad de Cestero. Sinceridad no ingenua sino sabia, no turbulenta sino disciplinada. No la sinceridad del niño que confiesa su falta, sí la del hombre que, al confesarla, la explica y la disculpa. Si sinceridad es desnudez, la sinceridad de este autor —mejor la del espíritu que anima á toda la literatura moderna— es una desnudez adornada de pedrerías coruscantes. ¡Cuánto no se ha dicho sobre la sinceridad en literatura![2] Banal resulta ya reconocer la sinceridad como la cualidad primera en los mejores escritores simbolistas.

*
* *

En cambio, Cestero es radical en cuanto al ritmo de su frase. Rara vez se cierra su período con el broche de oro en cuyo lomo el poeta ha grabado los rojos gules de su escudo. A menudo, la frase súbitamente se disloca. Es una música inquieta, desordenada, multiforme. Los que han profundizado el problema de los ritmos interiores, acogerían á Cestero y lo colocarían al lado

---

[2] En un número de julio de 1907 de *La Nación* hay una página de Rodó digna de ser consultada á este propósito.

de Laforgue y de Khan, de Ghil y de Viélé-Griffln, al lado de los más radicales poetas del verbo «libre», en el sentido francés. Precisamente, la prosa de Cestero parece derivada de la técnica «verslibriste». Es el reverso de la técnica de otro buen prosador hispano-americano —de quien se han dicho dos palabras en EL NUEVO MERCURIO— cuyo ritmo uniforme presta á su prosa cierta monotonía. El autor de las *Divagaciones* penetró quizás la verdad en este asunto eternamente controvertido: «... En el género llamado prosa hay versos, á veces admirables, *de todos los ritmos*. En realidad no existe la prosa: existe un alfabeto, y versos más ó menos acabados, más ó menos difusos...»[3] Verso, siempre verso. Pero no de un mismo ritmo; ni tampoco de ritmos tan opuestos —heptasílabos y octosílabos, por ejemplo— que de su unión resulte el choque de dos espadas que cruzan sus filos y no el acorde de dos liras que funden sus notas.

*
* *

En los cuentos de *Citerea* se nota la preocupación de dar la impresión trágica melodramática, salvando el escollo. Los héroes de la historia de Cestero han aprendido á decir sus palabras al lado de los misteriosos personajes del teatro de Moeterlinck. Conocían

[3] Véase el número del 14 de marzo de 1891 de *L' Echo de Paris: Enquête sur l' Evolution littérarire.*

la fórmula del autor de *Los Ciegos*: «Si no es posible negar el misterio en que está envuelta la vida, ¿no es verdad que la expresión de este misterio debe constituir el principal objeto del arte?» Sin embargo sólo son misteriosos en lo que la existencia ofrece de obscuro; donde ella se muestra á la luz, ellos aparecen cristalinos.

En *La Enemiga* surge la lucha entre dos egoísmos irreductibles. El egoísmo del hombre que se quiere todo para su gloria; el de la mujer que quiere á su marido todo para ella. En *La Medusa* combaten dos debilidades empecinadas. La debilidad del hombre cansado para los goces de la sensibilidad; las sorpresas del intelecto; la de la mujer medrosa para resistir sin amparo á la avalancha de la vida. En *La Sangre* se asiste á la batalla de dos desdenes. El desdén del hombre que sólo sabe amar; el de la mujer que sólo quiere ser amada. Y en los tres casos triunfa el Destino sobre la voluntad. La realidad dolorosa sobre el optimismo metafísico.

En *La Enemiga*, Berenice ama apasionadamente á su marido, el pianista Gabriel. En el comienzo es un amor sin complicaciones. En él se confunden todos los otros sentimientos simpáticos, la admiración inclusive. Los triunfos del músico la enorgullecen como si fueran triunfos de su propia belleza. Pero llega un día en que siente que los aplausos de las manos extrañas tienen también su plaza en el alma de su marido; «la música ocupa

el lugar de la esposa;» «los ojos delas mujeres, ebrias de las notas arrancadas por sus manos al teclado, se pierden en sus cabellos...;» al ver que todos los ojos femeninos se clavan en las manos del músico, «las odia, siente la necesidad de destruirlas.» Y he allí á Gabriel mutilado é inútil. El vitriolo es implacable como el amor de Berenice. «Carne quemada, llagas que hieden,» constata amargamente el artista cuyo rencor no es tan hondo como es irremediable su impotencia. En tanto ella, que llora su crimen sinceramente se lamenta, goza en lo íntimo de su alma, dueña y carcelera del enfermo. Ambos se sienten desgraciados, pero como no son espíritus vulgares, su tragedia se esfuma en una resignación heroica. Él maldice en sus crisis, pero acepta lo irreparable en sus calmas. Ella sabe qué es lo que quiere y no vacila en forzar todos los medios para conseguirlo. No abandonará su presa. Cuando el doctor Luis propone el divorcio: «No —responde Berenice.— La voluntad divina nos ha unido; eres mío, lo serás eternamente, en la vida y más allá de la muerte.» Es el batir in visible de las alas del Destino desde más allá de toda moral convencional y de toda vida inexistente.

En *La Medusa* el Romeo y la Julieta del drama británico resucitan para dialogar sus desganas y sus amores, sus hastíos y sus deseos, su lenguaje modernizado y sabio. Un Romeo dilettanti, desengañado de la casualidad ambiente, cansado de la pequeñez de lo humano: «Me fastidias como si fueras mi esposa,» le dice á

Julieta. Este Romeo que clama porque llegue algo «extraordinario», este Romeo para quien «si fuere posible olvidar, la vida sería grata,» «este Romeo que en los libros ha aprendido la tristeza del espíritu y en los labios la tristeza de la carne,» es un tipo de vida magníficamente estudiado por Cestero. ¡Cuántos de aquellos á quienes se ha dado en llamar espíritus artistas viven devorados por las mismas obsesiones, por las mismas dudas, por la sed de un nuevo vino con que embriagarse en una extraña borrachera! Este Romeo no ha heredado nada del enamora do optimista del poeta inglés. Como ha nacido en una época más complicada y extraordinaria, como le ha sido más fácil hundirse en los secretos de su tiempo, el desengaño le ha herido mucho antes que la muerte. El escepticismo ha comenzado su obra y un resignado y brumoso pesimismo la ha coronado. Para epilogar dignamente esta existencia no quedaba sino un remedio: el mismo que, aunque por diferente causa, enseñaba el Horacio de Corneille: morir.

«D'autres aiment la vie et je la dois haïr.»

Y lo resuelve, con la misma decision que el marido de Sabina. Julieta, que al principio lloraba ante la prematura tristeza de su amante, ante «su incurable tristeza,» se resuelve también. Su debilidad le presta fortaleza.

«Julieta.— Separarnos, no. Sola tengo miedo de la vida. Prefiero morir.

»Romeo (*irguiéndose*).— ¿Morir? Has dicho la palabra de la felicidad, has señalado el buen camino. Es extraño, ahora veo, comprendo: Sí, la muerte es la libertadora.

»Julieta.—Sí; pero juntos.

»Romeo.—Sí, juntos, unidos, á descubrir en el más allá desconocido, lo nuevo.

»Julieta.—Ahora mismo. Busca el modo. Quiero morir; pero sin dejar de ser bella.»

Es el mismo dilettantismo de Romeo, la misma gracia de serenidad qne le ha alcanzado. Es el mismo sometimiento sin previa rebelión tumultuosa, que caracteriza á los personajes del teatro de Moeterlinck. Es la vida implacable, indiferente, pero siempre hermosa, imprimiendo sobre las almas el sello de su fatalidad inapelable.

En *La Sangre* Pierrot sale á la escena de la vida para hacer reir mientras llora. El tema no es nada nuevo. Tampoco lo es el que alimenta á *La Enemiga*, tratado ya por D' Annunzzio, entre otros. Un mérito de más, precisamente. Porque Cestero ha sabido rejuvenecer el viejo asunto, dándole un alma nueva, aparte de prestigiarlo bajo el paramento de su estilo. Y ha sabido también adaptar á su héroe á la concepción que se ha hecho de la vida. Como los otros personajes de *Citerea*, este Pierrot es casi un estoico. Su condición inferior, su plebeyismo opacan un tanto su estoicismo. Le vemos en un instante de locura, excitado por el

vino fresco; trastornado por la danza lasciva, coger un arma y asesinar á Rosalinda. Pero su vida anterior ha sido razonable y ecuánime, á cada minuto de locura sucedía un año de sensatez casi luminosa. Hasta en sus arranques es cuerdo: «Sumergido en la sangre, que asciende, asciende siempre; se oprime el rostro entre las manos; ríe, llora. Se contrae: la amaba, la maté. Se yergue impetuoso y en un grito salvaje promulga su derecho al amor.»

*
* *

Tulio M. Cestero impone su nombre á la consideración del público hispano-americano en época aún poco propicia para las nuevas tendencias estéticas. La gran mayoría dé los críticos jóvenes de América se mantiene todavía inaccesible á toda nueva corriente literaria. Exceptuemos á Marques Sterling en Cuba, á Díaz Rodríguez en Venezuela, à los García Calderón en el Perú, á Rodó, Becher, Rojas y Echagüe en el Plata; todos los demás se conservan fieles á la ortodoxia más intransigente. Para Sanin Cano «Valencia es un mal poeta;» para un vigoroso crítico peruano, Riva Agüero, «Verlaine es un charlatán;» para Vicuña Subercasseaux, pero... Hasta en el cultísimo Brasil, ese brillante Elysio de Carvalho confunde tendencias perfectamente definidas; dice así *pêle-mêle*: «simbolismo, parnasianismo y decadentismo» ¿y habla del moderno movimiento literario como de cosa pasajera y

sin valor trascendente?[4] No quieren convencerse de que, así como hubo en una época una tendencia literaria que se llamó «clasicismo» y otra que se llamó «romanticismo», y otra «realismo», y otra «parnasianismo», así hoy existe una tendencia general cuyas características han sido perfecta mente observadas y estudiadas[5] y que los franceses tienen sus razones para llamar «symbolisme» y los españoles su capricho para traducir «modernismo».

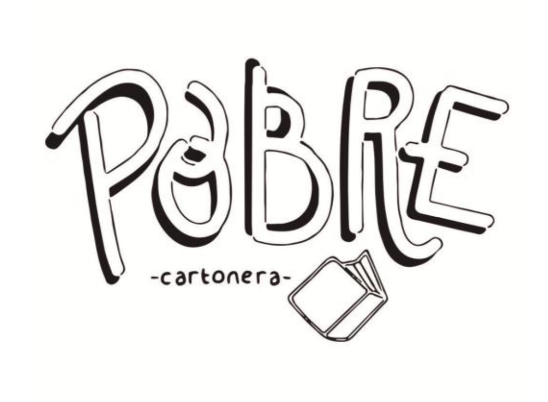
El libro de Cestero les servirá, pues, de pretexto para insistir en su desdén hacia las «extravagancias» de los nuevos. Consultarán, para fortificarse, la página en que el Sr. Nordau afirma que «Verlaine fué un degenerado» ó aquella en que el Sr. Brunetiére nos garantiza que «Baudelaire fué un pobre diablo.» Y una sonrisa sellará su dictamen. Habrá que esperarla.

José E. LORA

---

[4] ELYSIO DE CARVALHO: *As modernas correntes estheticas na Litteratura Brasileira contemporánea*, Garnier Hermanos, Río de Janeiro.

[5] Consúltese el número del 15 de julio de 1907 del *Mercure de France*. El primer estudio es algo de lo más definitivo que se ha escrito sobre el «simbolismo», sus tendencias, su significación y su estética.



Pobre Cartonera
agradece la colaboración
de sus amigos
Milton Manayay Tafur y
Rocio Yoplac Valencia.